

BALTAZAR CASTRO

MI CAMARADA PADRE

(Extracto)

Séptima Edición

EDITORIAL NASCIMENTO SANTIAGO 1985

CHILE

CAPÍTULO XXV

LA HUELGA fue larga y en ella se puso a prueba el grado de progreso que había alcanzado la organización. Muchos obreros abandonaron el campamento: unos en los trenes de la Compañía; otros, impacientes, lo hicieron a pie, recorriendo los setenta kilómetros que nos separaban de Rancagua a través de senderos sólo conocidos por los viejos habitantes del mineral. Los que nos quedamos en Sewell nos entregamos de lleno a mantener en alto la moral de la gente: recibíamos las ayudas de los trabajadores del país, y las distribuíamos en los hogares de los compañeros, guiándonos por las necesidades de cada cual. Todos los días salían comisiones a visitar las casas, para imponerse de la situación, de modo que llevábamos un control estricto para no caer en arbitrariedades en los repartos.

Por las noches realizábamos asambleas con el fin de dar cuenta de cualquier detalle referente a la marcha del conflicto. Los que tenían aptitudes artísticas interpretaban canciones, recitaban o presentaban comedias breves. El asunto consistía en mantener el buen humor de los sindicatos y sus familias.

Yo trabajé a gusto en cuanto tarea me entregaron los dirigentes. Andábamos con Manquelepe en las comisiones de Ayuda y de Prensa y Propaganda. Cada tarde escribíamos un boletín informativo que se pegaba en las paredes del campamento. Sentí una nueva vida allegarse a mis puertas, la que, junto a la cercana perspectiva de casarme con Cristina, me insuflaba optimismo y entusiasmo para encarar el porvenir.

Teníamos la sola preocupación por la salud de mi padre. Aquello era como una conspiración de silencio alrededor de él. Sabíamos perfectamente que la silicosis progresaba; sin embargo, en presencia suya, nadie pronunciaba una palabra al respecto. La huelga había paralizado el campamento, pero los pitos anunciando el comienzo de los turnos se oían como siempre, llamando al personal de emergencia que el sindicato había autorizado trabajar con el objeto de mantener los servicios indispensables y para evitar que se deterioraran algunos elementos de explotación.

Todas las conversaciones coincidían en la huelga y en las próximas elecciones presidenciales. Yo insistía en mi punto de vista:

—Tenemos que hacer triunfar al candidato de los partidos de izquierda. Es el único que representa el sentimiento de los trabajadores...

—No quiero ser porfiado —argüía mi padre—, pero los políticos me dan mala espina. Acuérdense que yo los vengo oyendo desde hace cerca de cuarenta y cinco años, desde que pude parar la oreja a lo que decían los candidatos. Son unos mentirosos.

Mauricio Corrales coincidía conmigo en el sentido de que había que transformar la elección en un acto positivo que fuera en beneficio de los trabajadores.

—Por lo demás —agregaba—, este candidato da toda la sensación de hombre sincero. Se me ocurre que va a cumplir con nosotros...

Mi padre encogía los hombros:

—Ojalá que tengan razón. Estaría bueno que alguna vez los políticos cumplieran con los trabajadores. No me pregunten ni pidan más, pero mi voto será para el candidato de ustedes.

Corrales reía con ganas.

—Verás, Pedro, cómo ahora le vamos a acertar el palo al gato...

La Compañía trató de prolongar lo más que pudo la huelga, con vistas a vencer nuestra resistencia. Todo fue en vano: el sindicato ya había superado sus debilidades y se mostraba granítico para la resistencia. Corrales explicaba en la tribuna del sindicato:

—Las compañías pueden alargar la huelga todo lo que deseen. Nada pierden. Tienen seguros en Estados Unidos contra esta clase de situaciones, y, por otra parte, cuando los conflictos terminan se las arreglan para determinar un precio del cobre que les permite recuperar cuanto han dejado de percibir este tiempo...

El Gobierno intervino, alegando que el erario nacional se perjudicaba enormemente con la huelga, y las partes llegaron a un acuerdo que nosotros estimamos bastante digno para los trabajadores: conseguimos que cristalizaran en realidad varias aspiraciones que venían siendo postergadas desde mucho tiempo atrás.

Y del estremecimiento de la huelga pasamos inmediatamente, sin titubeos, a la fiebre de la campaña presidencial.

Decidimos con Cristina ir a pasar la luna de miel a San Antonio, a casa de unos amigos de mis padres. Pedí mis vacaciones, nos casamos en Scwell y bajamos a Rancagua en busca del mar que nos esperaba en el puerto. Fueron días maravillosos. En las mañanas nos íbamos a la playa, antes que el grueso de la gente llegara hasta allí, y nos desvestíamos cerca del agua. Nos mojábamos poco a poco. Queríamos gozar hasta el infinito la sensación del mar, estrujar con fruición la alegría del paisaje, la vastedad del horizonte: años y años de cordillera nos exigían ahora disfrutar hasta la saciedad de este hermano del roqueño andino que es el océano. Jugábamos en el agua como dos niños locos. Cuando habíamos entrado lo suficiente, yo me zambullía y le tomaba los muslos.

—No seas tonto, Segua...

—Ni el mar es capaz de apagar mi amor por ti...

—Ya te cansarás, diablito.

Reía mientras gotas azules se le escurrían por los labios.

—Nunca, mi vida.

Una noche nos fuimos a la playa a tendernos. Empezó a correr frío y ella se estrechó contra mi cuerpo. La abrigué con mis brazos. Todo estaba muy sereno, apenas percibíamos el leve lengüetear de las olas alcanzando a rozar con sus espumas el silencio de la playa. Nosotros tampoco queríamos hablar. Nuestras bocas se juntaron largamente. Nos separamos para mirar las estrellas. Así estuvimos un buen rato, hasta que movidos por un mismo impulso juntamos de nuevo los labios. Entonces ía poseí. Y otra vez nos quedamos mirando las estrellas, tendidos de espalda.

—Faltan los aromos —dijo ella—. ¿Recuerdas?

—Sí. Pero tenemos las estrellas.

—También son doradas.

—Cuando vuelva a Sewell todos sabrán que me he casado con una estrella. ..
—Amor ...

Regresamos a Sewell cuando las vacaciones llegaron a su término. Mientras el Bienestar nos daba un departamento, Cristina y yo debimos vivir separados. Por esos días se realizó la elección para la nueva directiva del sindicato y los compañeros me eligieron director. Nos reunimos, al margen del sindicato, para adoptar acuerdos relacionados con la campaña presidencial: fui designado presidente del comité a cargo de los trabajos de nuestro candidato. Hicimos otros nombramientos y fijamos la fecha de la proclamación, redactando una nota para el Comando General, con asiento en Santiago, informando de nuestras resoluciones y pidiendo la venida del candidato el día de la proclamación. Nos contestó de su puño y letra el abanderado que nos dimos, diciéndonos que ahora estaba más seguro que nunca del triunfo, pues "nadie podría detener la obra de redención social de un hombre que triunfaría apoyado por los heroicos mineros de! cobre". La tarjeta del candidato recorrió el campamento, produciendo explosiones de entusiasmo en cuantos la leían. La proclamación resultó apoteósica. La hicimos en la cancha de fútbol, ubicada más abajo de la estación Las Juntas. Fue a las tres de la tarde, pero a la una ya el hormiguero de gente empezó a bajar de los camarotes. Traían banderas, estandartes, letreros de cartón adheridos a listones de madera:

"¡Por el triunfo de la clase obrera!"
"¡Viva la izquierda de Chile!"
"¡Los trabajadores al poder!"

Mauricio Corrales comentó:
—Esto me hace recordar los tiempos del Cielito Lindo...

El candidato era un hombre simpático. Abrazaba a quien se le ponía por delante, acariciaba las caritas de los niños, tomaba del brazo a las mujeres, reía por nimiedades y saludaba levantando el sombrero. Todos fuimos cautivados. Los maquinistas del ferrocarril, sin permiso de sus jefes, atronaron el campamento con los pitos de sus locomotoras y el cajón cordillerano se hizo estrecho para contener la emoción que producía el himno nacional cantado por miles y miles de personas, poseídas de una fe profunda en el porvenir de la patria.

El tiempo estuvo bastante bueno durante todo el día. El cielo claro, sin asomo de nubes, nos llenó de optimismo por la mañana y nos dio cierta seguridad en el éxito del acto que habíamos preparado con tanto esfuerzo y entusiasmo. Aquellas alturas del año no permitían alimentar la seguridad de que el invierno se había ausentado, de modo que a una mañana azul, radiante, podía seguir una tarde de nublados rápidos y de ventoleras cordilleranas, indiscutible mensaje de agua y nieve. Cuando se inició la concentración, el paisaje estaba transparente y, como siempre que había sol, hacia el oeste el cielo se multiplicaba en colores: a trechos con pinceladas rojas, a ratos con estrías inverosímiles, cuya belleza no alcanzo a describir con mis precarios medios literarios.

Lo cierto es que aquel horizonte maravilloso siempre fue el único regalo de belleza que el verano, la primavera y el otoño nos entregaron: por él, los que conocían el mar intuían el espectáculo sorprendente que sería una puesta de sol en el océano. El atractivo del invierno se traducía en la nieve que, a poco andar, adquiriría caracteres peligrosos, acumulando angustias en nuestros corazones después que su llegada —a comienzos de estación— nos había colmado de alegría. Yo no cabía de orgullo y satisfacción por el éxito de nuestro acto. Cada detalle había sido consultado. Mi gratitud para con el tiempo no tenía límites. Sólo cuando el candidato subió a la tribuna para hacer uso de la palabra, nos dimos cuenta que del interior del cajón cordillerano venían

acercándose apretados racimos de nubes. Nunca vi nubes tan negras y amenazadoras. Se me arrugó el ceño, pues yo bien sabía que aquellas nubes podían desencadenar el temporal con tanta rapidez como la que el candidato usara para exponer sus ideas. El viento entró a la cancha de fútbol con cierta parsimonia, barrió los costados de los cerros, se metió por entre las piernas de las gentes y luego subió a las cabezas, desgredando las melenas. Pronto fuimos atrapados por la obscuridad y el silbido del viento.

De todos modos, por suerte, el candidato no perdió la compostura, y, por el contrario, aprovechó el cambio imprevisto del tiempo para pronunciar frases de gran belleza que arrancaron aplausos de la concurrencia. Si mal no recuerdo, dijo que ni los elementos serían capaces de separarlo de nosotros, hasta conseguir la victoria final. Lo cierto es que la compostura de aquel hombre eliminó de mi espíritu la preocupación que la vecindad del temporal produjo en mi ánimo.

Subido a la tribuna, con el pelo revuelto por el viento, adquiriendo estatura entre la obscuridad que emergía de la propia cordillera, estremeciendo a la concurrencia con sus palabras saturadas de contenido humano, producía una belleza recia, tronante, de profundos y gruesos tonos.

Antes que terminara de hablar, la nieve empezó a caer tan finamente que uno no se daba cuenta de ella hasta que hilos de agua se escurrían por nuestras mejillas. Nada nos importó. Florencio Alcántara hizo el siguiente comentario:

—Es que San Pedro también está de acuerdo con nosotros ...

Aplaudimos a rabiar el término del discurso, profundamente complacidos de haber elegido por candidato a aquel hombre de tanta simpatía humana, capaz de llegar hasta nuestros corazones y hablarnos de nuestros más simples problemas. Regresamos con él a la estación. Por el camino entramos a una pensión de obreros para comer algo en su compañía: devoramos el consabido pedazo de carne con huevos y cebolla cocida. La alegría nos rodeaba por todas partes, a pesar del temporal, que ya había adquirido proporciones.

En vista de la nevazón tuvimos que guardar los emblemas que confeccionáramos para la proclamación, pero desde aquel día hasta la fecha en que se realizó el acto eleccionario, Sewell fue una sola y grande bandera chilena ondeada por los vientos de la esperanza.

CAPÍTULO XXVI

NUESTRO candidato triunfó, y tanto el día de la victoria como el que marcó su ascensión al poder fueron de fiesta para Sewell. Estábamos poseídos de contagiosa alegría y de una saludable satisfacción que produce el trabajo bien hecho: nosotros habíamos aportado esfuerzo y solidaridad para obtener ese triunfo que significaba progreso y bienestar para las generaciones venideras. Después, el campamento cayó de nuevo en su existencia rítmica, medida por los reglamentos de la Compañía y las disposiciones del Departamento de Bienestar, que oteaba en la vida de los habitantes. Por la radio y la prensa nos imponíamos de las medidas que adoptaba el nuevo Gobierno tendientes, según pensábamos, a llevar a la práctica cuanto habíamos oído a nuestro abanderado en la campaña.

El tiempo volvió a azulear los cerros cordilleranos y el cresterío irguió sus picachos hasta tocar las estrellas por las noches. Eramos siempre una ciudad de fantasía incrustada en la cordillera. Nuevos camarotes, de cinco y seis pisos, se levantaron en diversos lugares del campamento. Fue terminado el edificio moderno para la Química y en la mina se perfeccionó el sistema de buitras y vagonetas, haciendo más rápido el tránsito del metal en bruto hasta los trenes eléctricos de Teniente 5. Los dos

enormes gigantes de piedra que se abrían para acunar el campamento fueron claveteados de defensas de acero para evitar que nuevos rodados de nieve, cuando el invierno arreciara, trajeran otra vez la muerte y la desolación.

Con gran contentamiento de Cristina, conseguimos departamento en un camarote destinado a casados. Amoblamos la casa con uno que otro elemento: mi padre me regaló una mesa de comedor y Mauricio Corrales bajó especialmente a Rancagua para comprarnos dos flamantes juegos de ropa de cama. Manquelepe trajo una mantel de hule; Florencio Alcántara adquirió en el Almacén Sewell, de Witting y Giudice, varias piezas de loza, y Rigoberto Parada nos regaló unos cuantos libros, bien empastados, que "eran su modesta contribución al nuevo hogar proletario". Cristina empezó a sentir algunas molestias. Mi madre sentenció:

—Seguramente es la familia que quiere crecer...

El gerente general de la Compañía murió y fue reemplazado por otro norteamericano que vino de Estados Unidos. Se creó en Chile el cargo de vicepresidente de la empresa, de modo que entre los jefes extranjeros hubo una serie de cambios, ascensos, eliminaciones, regresos a Norteamérica. Todo esto era completamente ajeno a nosotros. Tanto los nuevos como los que se iban pasaban por el lado nuestro fumando sus pipas de tabaco aromático, tal si nada tuvieran que ver con esa humanidad que transitaba cerca de ellos.

Ciertos alemanes que habían sido despedidos con motivo de la guerra fueron reincorporados. A cargo del Departamento de Construcción llegó un ingeniero contratado en Bremen. Tenía una hija, llamada Ingeborg, que conquistó la simpatía de todo el campamento. Rigoberto Parada, olvidando sus ideales revolucionarios, decía "que era una adorable princesa germana"; Manquelepe deseaba ser propietario de toda una isla de Chiloé, con "El Caleuche" anclado en el muelle, para ofrecerle matrimonio. Ingeborg, alta, sonriente, sencilla, atravesaba las escaleras poniendo una nota nueva en aquel ambiente cansado de presenciar cada día las mismas cosas y oír a iguales personajes.

Los sábados por la noche íbamos al Gimnasio Turner a seguir la competencia de básquetbol, que siempre terminaba con la disputa del primer puesto entre Andes y Eléctrico Cordillera. El primero, como siempre, estaba formado por empleados, de suerte que nosotros alentábamos al Cordillera, integrado por obreros del Departamento Eléctrico, a la espera de ser retribuidos cuando jugara el Independiente Mina, nuestro nuevo club.

La vida era un fino cristal que sólo se trizaba cuando el péndulo de la tos de mi padre marcaba el tiempo en los corazones.

En las películas he visto temporales que llevaron al naufragio a barcos confiados en la bonanza del mar: el oleaje empieza a cabecear contra el casco y, de a poco, quiebra el armazón hasta acabar con los trinquetes, el velamen y cuanto aparejo le daba gallardía a la embarcación. Sí, eso éramos nosotros, un barco navegando en la soledad cordillerana, un velero como los que habían atravesado los relatos de Jacinto Coliboro y Nolasco Manquelepe. De pronto vino un bandazo terrible, salvaje, que nos desarboló casi por completo. ¿"Cómo habíamos de preverlo? íbamos confiados, proa al porvenir, después de haber afianzado victorias y alcanzado la seguridad de que nada entorpecería la marcha. Yo me había entregado de lleno a mejorar la organización sindical. Cada noche realizábamos reuniones donde discutíamos las condiciones de trabajo de los compañeros y veíamos maneras de agregar nuevos servicios de asistencia social: el sindicato tenía ya dentista, matrona, médico, almacén, peluquería y otros servicios más, aparte los que ofrecía la Compañía. A Cristina

empezaba a crecerle el vientre y el ceño de mi madre se poblaba de arrugas cuando cada mañana nos contaba que mi padre había pasado una noche agitada. Eso era todo.

El bandazo llegó y la existencia se dio vuelta por completo, tal si a hombres, mujeres, niños, fechas, casas y recuerdos los hubieran metido en el tonel gigante que gira en los parques de entretenimientos. Por la tarde la radio anunció que el Presidente de la República había resuelto pedir facultades extraordinarias al Congreso Nacional, en vista de que se fraguaba un plan revolucionario contra su Gobierno, de inspiración internacional, y cuyas raíces partían de los sindicatos de obreros, especialmente del salitre, cobre y carbón. Nos miramos sorprendidos. ¿Qué habría pasado? A lo mejor el Presidente tenía razón y era conveniente esperar detalles de los sucesos.

Los detalles llegaron por la noche en autocarriles y trenes especiales: pasos militares empezaron a transitar por los pasillos de los camarotes.

—¿Usted es Rigoberto Parada?

-Sí.

—Vamos andando. Está detenido.

—¿Nolasco Manquelepe?

—Para servirle...

—Detenido...

Las dependencias de la Comisaría de Carabineros no dieron abasto para los detenidos; habilitaron la Escuela Vocacional, cuyas salas apenas pudieron contener a esos nuevos visitantes que trataban de preguntar a alguien en qué consistía todo aquello. Nuevos trenes con tropas arribaron a media noche. Los fusiles ametralladoras y las carabinas descansaban como inofensivos trípodes al salir de los camarotes o en las escaleras principales del campamento.

A las once de la noche golpearon en nuestra puerta. Los trancos de firmes tacones se oyeron desde lejos. Sewell se había desvelado y la noticia de las primeras detenciones había corrido por los cuatro costados. Sucedió tan rápido aquel desbarajuste de emociones, conceptos y planes, que antes que pudiéramos ordenar los pensamientos para explicarnos la razón de este cambio tan violento, ya caminábamos hacia la Escuela Vocacional, rodeados de militares y carabineros. Cristina tenía temor. En el primer momento se negó a abrir la puerta.

—Todo será inútil. Acuérdate, amor, de cuanto te ha dicho mi madre. Hay que ser firme...

Le golpeé la barbilla. Salí a la puerta.

—¿Pedro Segundo Albina?

—El mismo.

—Queda detenido.

Nos fuimos. Cristina permaneció parada en el vano de la puerta, mirándome caminar entre policías. De pronto la oí gritar:

—¡Te llevaré ropa, Següita! ¡Te llevaré ropa, Següita! ¡Te llevaré ropa, Següita!

No había duda de que sus nervios, todavía no templados, se habían resentido un poco. "Pobre Moñito mía —pensé—. Mejor será que se preocupe de abrigar a nuestro pequeño en camino".

En la Vocacional encontré a mi padre, que también había sido detenido. Un instante que alcanzamos a permanecer cerca me habló sonriendo, con el mismo acento de confianza que caracterizaba su persona:

—¿No ve, camaradita? ¿No ve? ¿No le decía yo?

—¿Qué, camarada? No recuerdo.

—Lo de los políticos, pues, camaradita. ¡Si no los conoceré yo!

Sin verla por nuestros propios ojos, sabíamos que al lado afuera de la escuela la noche se deslizaba por encima de la resignada espera de mi madre y Cristina.
